

SINDICATO DEL TRABAJADOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

ADHERIDO A LA C.G.T.

GRANDEZA Y PROYECCIÓN DE EVA DE PERÓN

Por el Ing. Julio S. Storni



Conferencia pronunciada por el Ing. Julio S. Storni en el Aula Magna "Eva Perón" de la Universidad Nacional de Tucumán, bajo el auspicio del Sindicato del Trabajador de la misma, cuyo presidente, señor Carlos Molineri, tuvo a su cargo la presentación del disertante.

San Miguel de Tucumán
1952

ADVERTENCIA A ESTA EDICIÓN

Si yo fuera un badulaque, adulador o paniaguado de las autoridades, me tendría por sabedor de esa tristísima posición que trataría de complimentar con toda prudencia.

No soy hombre del montón ni quiero serlo, mi buena educación es alcornosa, de ahí que a veces parezca violento; lo que algunos llaman complejo de mi personalidad es el corajudo pensamiento mío, que reconoce, esté donde esté, la grandeza y los méritos ajenos.

Ciudadano de la Revolución de Junio, nadie ignora aquí en Tucumán que hablo claro y digo las cosas a conciencia, además las autoridades del Partido saben perfectamente que no molesto, ni pido nada para mí, ni tengo amarguras, que siempre hago acto de presencia y lucho a la luz del sol y con toda firmeza.

Las líneas que van a leerse son mi homenaje a Eva Perón, cuya grandeza y proyección admiro.

Julio S. Storni

Para atender con sabiduría, talento y elegancia esta tribuna, emplazada en nuestra Universidad y adueñada de abalengos intelectuales, bajo el auspicio de una Institución social solidarizada con el Justicialismo, como lo es el Sindicato del Trabajador de la misma, se necesitan atributos de calidad que no me pertenecen, toda vez que la empresa de hablar sobre una mujer prócer es eminencia de privilegio.

Exige también esta tribuna reflexiones austeras en relación con la responsabilidad de quien la asiste, porque lo que se manifieste desde ella ha de guardar concordancia con la Universidad, por la elevación y pureza de conceptos. Mi costumbre de dar cara al sol y no renunciar a los mandatos a que debo responder o a los que me sugiere mi conciencia para afrontar intimidades y convencimientos, explica mi presencia aquí. Y en prolongación, porque desestimar toda demostración en cuanto a la dignidad, por modesta que sea, y a la capacidad, por reducida que se encuentre, y a la honradez de intención, a condición de que se la tenga sin sombras, es impropio, decidí sumar mis palabras a los millones que se han escuchado ya, encomiando esta constelación de extraña y radiante luminosidad que es Eva de Perón, ante quien inclino mi ciudadanía sin contrariar los fueros filosóficos que mantengo por la democracia y la libertad del pensamiento.

Pretendo que de ninguna manera se podrá emitir juicio terminante sobre Eva de Perón sin antes obligarse a meditación respecto al desempeño de la mujer en el resto del mundo, a través del tiempo y del espacio, afrontando circunstancias planteadas por el desenvolvimiento de la lucha del vivir. Como cuestión previa, tendría que considerar:

1º.- La mujer de América precolombina, la autóctona, la hija de la tierra, como producto de las fuerzas cósmicas de los agentes telúricos en permanente gravitación sobre las poblaciones indígenas.

2º.- La mujer bajo sujeción de la conquista, en imperio de idiosincrasias transmitidas por determinada raza, religión e idioma, etc., etc., tal la que se alza en Estados Unidos y Canadá, con peculiares características. 3º.- La mujer bajo sujeción de la conquista en los países de América Latina, en prevalencia del poderío español, con toda su vivacidad y grandeza, pero asimismo con su bagaje de mañas, ambiciones y supersticiones.

4º.- La mujer de herencia portuguesa, viviendo en saudades que dan tono a su comportamiento. Y tendría que ir más lejos, trasladarme a los viejos continentes, desde cualquier olvidada aldea hasta el milenario y fastuoso imperio asiático y luego hasta las maravillosas encrucijadas de la gloria de Francia, etc., etc.

De este modo, historia en manos, podría catalogar la admirable esplendidez de tantísimas mujeres que en distintas épocas gravaron, con brillo sin igual, gracia y genio femenino. El panorama es vastísimo, sin contar con lo anónimo, son

cientos y cientos de singulares mujeres las que desfilan como expresiones de vanguardia en el pensar y en el hacer, pero puedo, sin temores de ninguna clase, asegurar que pocas se presentaron al escenario de la vida como Eva de Perón, magnífica predestinada, o hicieron lo que ella en brevísimo lapso de su tiempo, fugaz y esplendente jornada truncada brutalmente por la fatalidad. Mi aseveración está perfectamente documentada, la individualidad de muchas mujeres que llegaron a elevarse en superación sobre los hombres es asombrosamente extraordinaria, pero en general fueron unilaterales, otras localistas, y no faltaron las que, encendidas en chispazos intelectivos, lúcidos y penetrantes, con largueza genial y talentosa, dieron a sus estampas prominencia en la cultura universal. Sin orden cronológico diría que, desde la Virgen María, hasta Juana de Arco, desde Cleopatra hasta Madame Pompadour, desde Isabel la Católica hasta Madame Sevigné, desde Santa Rosa de Lima hasta la Reina Victoria, desde Ninón de Lenclos hasta Teresa de Avila, desde Carlota Corday hasta la mejicana Malinche, que iluminó los pasos de la conquista; desde Catalina de Rusia hasta Mistress Roosevelt, desde aquellas españolas que atravesaron el desierto en desolación y desconocimiento de los territorios del Nuevo Mundo, en achaque de todas las privaciones, hasta las patricias de Mendoza, no hubo surgido una estampa femenina tan donosamente favorecida para las acometidas sociales y políticas de fondo en armoniosa y resonante conjunción de gracia, belleza y talento, como Eva de Perón.

Pienso que de ser ella la reina de Francia cuando la Revolución famosa, hubiera doblegado la fiereza de los revolucionarios. Y ha de creérseme que no ignoro la existencia de cuantas mujeres de privilegio, en los cambiantes y diversos panoramas, ofrece la historia; nada me resultaría más fácil que concretar opinión sobre heroínas, poetisas, pensadoras, mártires, organizadoras y directoras de instituciones públicas y privadas, pero no es el caso, porque al hablaros lo hago persuadido de que estáis en dominio y con capacidad para discriminar sin daño sobre tales acontecimientos, jalones de orgullo y de honor para el género humano. Pero si ese conocimiento impartiera luz y criterio hacia un exacto paralelismo o diferenciación de remarcada superioridad, resultaría insuficiente si se desconociera el medio económico y social ante el cual tuvo que desenvolverse Eva de Perón. De ahí la imprescindencia de una exposición previa que concretaré así: el panorama del país, por su población proletaria en el momento de la Revolución de Junio, era desolador, había sed de justicia y también de agua, había hambre y otras necesidades. Sobre el suelo argentino transitaban entre pedregales y páramos, ya en los confines de la pampa o bajo los espesos bosques, hombres debilitados, mujeres con los pechos exhaustos, niños tambaleantes, cabe la patria en desconsolación; agrupaciones famélicas junto a los grandes ríos norteños o sobre las desoladas mesetas patagónicas,

como junto a las frías y turbosas tierras fueguinas. También, mal cubiertos por las rancherías de los éjidos, cercanos al turbulento derroche y bullicio de las ciudades populosas, se tendían en agobiadora existencia gentes de trabajo harto olvidadas. Y toda esa multitud arrastraba la misma pasta humana que el resto, la que disfrutaba de halagos sin tasa, todos hijos del dios de la justicia, con los mismos derechos para vivir mejor, y con los mismos deberes para sustentar esos derechos.

Contemplando el aciago sufrimiento indígena junto a chozas miserables, pensé que más de una provincia y gobernación ofrecía el espectáculo de la falta de un toldo para el trabajador argentino, si apenas el esplendor del cielo para cobijarse. Cosa estupenda, entre los Chacos, tierra de ostentosa riqueza, se oían reclamos por un retazo de suelo, para tener una casita, un árbol frutal o una hortaliza, y esa llanura tan rica, se extendía por leguas y leguas, ansiosa del trabajo y del arado redoblador de gratitudes. En otras partes, meritísimas para la tradición por la valentía de sus hijos humildes, el despotismo de un caudillo brutal, con prepotencia que se prolonga años y años y facilita a sus paniaguados el festín y la garra nutridos de la sangre y de las esperanzas del pueblo. De extremo a extremo del país no existe el sentido y la efectividad de la retribución del trabajo, cuando se entrega un peso se admite que la mano se ha abierto excesivamente, se alardea caridad, sentimiento, para mí, de impotentes y resignados. El imperativo de la filantropía que es un “tete a tete” de igual a igual, por los derechos inmanentes del hombre a vivir tranquilamente y con honorabilidad hasta el fin de su existencia, no se comprende ni menos se ejecuta. El cuadro es entristecedor. Pero advierto que no es posible negar a muchos de nuestros antecesores en los gobiernos, en la industria o en el hogar, la honestidad de sus preocupaciones ni la amplitud de sus sentimientos para con el prójimo; no es posible desconocer la previsión y las ejecutorias que se sucedieron y prolongaron positivamente para dar a la Nación postura de matrona rectora de la justicia y del progreso; negar tanto mérito y tanto honor sería como amordazar la conciencia. Palpitaban corazones bizarros, voces de reparación, y así como hubo un Sarmiento hubo un Irigoyen, nobilísimos en el pensar, maduros sembradores de realidades y de ideales; y hubo una ciudadanía gaucha consciente de que la finalidad más a tono con la patria, para sus hijos, es la de la justicia y la felicidad. Pero nada de esto redujo la torpeza del mandón terrorista que en una u otra forma eludió esas ideas; la suntuosa heredad, los ríos caudalosos, la fauna y la flora, el clima alentador, y la misma ley máxima que marca derroteros clarísimos como la luz del sol, fueron marginados negativamente.

Y he de extender mi comentario respecto a la posesión de la verdad para una rebelión; la juventud se hallaba preparada para la acometida, la oligarquía en tembladeral, el capital ojo avisor, el pueblo acogotado en protesta de ese estado

social equívoco, el sabio en prédica constante, los reformadores en acecho, conjunción un tanto desconcertante pero de impulso revolucionario que hacía el momento propicio. Faltaba el pulsador, la mente directriz, el coraje en marcha y ello llegó con propiedad y fulgurancia providencial con Perón y Eva de Perón.

Conocí personalmente a Eva de Perón en Santiago del Estero cuando aquella célebre cruzada suya por tierras norteñas, en que repetía sus andanzas de justicia entre senderos de gloria. Una vez más me favoreció la Providencia, porque desde niño había experimentado en esa misma tierra santiagueña, de tanta humildad y bondades, lo que significaba la contienda de la pobreza y la desesperanza en las clases menesterosas, y porque llegué a la madurez sin desfallecimientos, considerando que tal estado de torpe injusticia debía corregirse alguna vez en definitiva. Francamente, al verla quedé extasiado ante su belleza y su elegancia principesca y al estrecharle las manos le trasmití mi homenaje garantizándole que lo hacía por Tucumán, como presidente del Concejo Deliberante, y como hijo del Tucumán, cuyas gentes la amaban y admiraban. Entonces, como otras veces, observé sus gestos y las formas de su conducta. Unía Eva de Perón a su apostura física la ternura de su corazón, su prestancia armónica y la maravillosa aptitud de llegar al nivel común en ignorancia de su supremacía espiritual; ninguna como ella, sin ostentación, pone al descubierto la pureza de sus sentimientos patrióticos, ninguna como ella se quema en la intensidad de su amor al pueblo; ninguna desprecia tan acerbamente y esgrime tanta valentía para combatir los privilegios delante de las malversaciones políticas que invalidan el cumplimiento de injusticia; ninguna posee tanta consagración de acción indomable para la efectividad de sus inspiraciones; ninguna como ella profesa resplandeciente y honda lealtad y admiración para el hombre de su corazón. Se aprecia así su moral, se respeta su nobilísimo apostolado y se aquilata la enorme generosidad de su alma.

Doy una mirada retrospectiva a mi vida y recuerdo que en repetidas vigiliias, para ensanchar conocimientos y calmar mi inquietud juvenil, me allegué a las tierras del Líbano y, adentrándome, tracé rumbos sobre sus comarcas holladas desde ha siglos por profetas, apóstoles y dioses que los hombres de entonces decían reconocer. Lector en desesperación por abrevar sapiencia y luces, prolongué mis andanzas en otras direcciones, y así conocí Europa y nuestra América, desde Nueva York a Tierra del Fuego. Mediante la Biblia y otros libros de mentada alcurnia me fue dado saborear historias y leyendas, contemplar pueblos y descubrir en muchos horizontes el infinito requerimiento del espíritu. Con tamaña experiencia yo me pregunto: ¿Quién en este larguísimo proceso de pueblos, cumplió un apostolado tan eficaz y bravamente como Eva de Perón? Y me contesto que no figura precedente de mujer que se haya desenvuelto como ella. Eva de Perón trabaja sin intermitencias, sin miedo, en alta voz, contra intereses creados, contra malas leyes, contra personajes en eterna profanación

de buenas intenciones, pero jamás lucha contra Molinos a Viento; para ella el problema está aquí y hay que forzar soluciones. En ese no descansar tuvo la particularidad de exponer sus ideales con claridad meridiana, sin dobleces, pues nadie quedó sin entenderle, y con sinceridad palmaria. Digo que realizó la hechicería triunfal de su pensamiento, hablando sin parábolas, usando estilo muy propio y conciso, donde no asoma ni el profeta, ni el antiguo apóstol, ni el rabí, siempre cargados de incomprensión y detenidos en suspensos que se vuelven desesperanzas.

Alguien, repitiendo cansadoras opiniones, sostiene que el Justicialismo es sistema político de raigambre cristiana, equívoco éste que no concuerda con los antecedentes históricos. El Justicialismo no es un accidente político, sus principios se adentran y dominan la mente de los forjadores de la nacionalidad, imbuidos en el sistema filosófico que sirve de plataforma ideológica a los revolucionarios de Francia. Más que equívoco es alteración de la verdad. Por empezar, Cristo predicó y exigió abandono absoluto de las riquezas materiales y en el calor de su prédica fue excesivamente rígido, compeliendo a quienes le siguiesen con predilección a desistir hasta del amor; por Él era necesario dejar atrás hogares, padres, hermanos, hijos y novias. Y semejante requisitoria está muy lejos, pero muy lejos, de acomodarse a la naturaleza del hombre, como está muy lejos de las posibilidades que éste puede allegar para disfrutar algo de lo mucho que brinda la naturaleza. Y no se suponga mi aseveración falta de visión ni ausencia de homenaje y respeto hacia esa revelación, dogma de alteza que mi conciencia acata para sustento de encumbradas preocupaciones. En verdad, el Justicialismo no responde a concomitancias de religión ninguna; su credo finca en la decisión de establecer la socialización virtual de la voluntad popular, la riqueza y la ley, para normalizar así el usufructo de la vida; su mística es la justicia. Ya lo tengo demostrado en otra oportunidad, el Justicialismo acusa raigambre biológica, fuerza de positiva vitalidad, interés supremo y permanente de establecer justicia y bien para los humildes, de aliviarles gozosamente su tránsito por la tierra, sin promesas ulteriores más allá de esta peregrinación. Con él llegaremos, si no defraudamos su mandato, a conformar un pensamiento capaz de mantener la Nación en orden, decencia y progreso. Eva de Perón se ajusta estrictamente a esa consigna que parte de sí misma: aplicar la justicia y las soluciones como asuntos de este mundo, inexorablemente, y hasta podría agregar de mi parte que tal razonamiento es la mejor base de sustentación para alistar y asegurar la conquista de supremos paraísos de ultratumba. Bullía en su adentro un resentimiento de urgente plazo para arreglar la ubicación y la felicidad de los humildes, hasta, si fuere menester, recurriendo a violencias. Téngase en cuenta que cuando ella habla, vaya un caso, sobre la declaración de los Derechos de la Ancianidad, desde la Fundación que lleva su nombre, haciendo apología de la justicia social, declara:

“Para librar a los trabajadores de las coyundas de una sociedad injusta y cruel, que negaba sistemáticamente por sus jueces y por sus lenguaraces toda forma de evolución, toda superación colectiva, todo derecho de las mayorías a participar de alguna manera en la riqueza que creaban para las minorías y que ellos no veían traducirse en pan para sus hijos y felicidad para sus hogares, fue necesaria una revolución”.

¡Y qué revolución!, agrego yo.

Tampoco marchan por camino de verdad sino al contrario, oscurecidos por aberraciones psíquicas que a veces alcanzan dominio en la colectividad, los sectores que divulgan la idea de que el Justicialismo anula jerarquías, deshace perfiles y trata de nivelar la vida social al modo que lo haría una colosal aplanadora izquierdista. Tan craso error ha sido voceado hasta por obreros, quizás no bien saturados, no bien compenetrados de Justicialismo, así le creo, porque en no pocas andanzas he oído ese rumorear, como dando a entender que sólo el obrero manual ha de tener dominio, mando, privilegio y gobierno sobre el resto de la sociedad, lo que significa, tácitamente, atribuir al Justicialismo el ejercitamiento inicial del Comunismo argentino. Semejante torpeza hemos de combatirla constantemente, afinando la interpretación y contrarrestando excesos. También aquella otra que propaga una rara pretensión: la no existencia de ricos. Ricos y poderosos habrá siempre, como habrá inteligentes y nullos, esforzados y holgazanes, por simple selección de la naturaleza y por inevitables factores cuya concurrencia escapa al control y la voluntad del hombre muchas veces. Ricos habrá siempre –repito– y conviene que los haya y en nuestro país en abundancia pero se ha de entender que esa conveniencia ha de constituir un orgullo nuestro bien cimentado, cuando los ricos se humanicen y comprendan que es indispensable la socialización, la humanización de la riqueza. Por tal senda se ha de llegar al equilibrio que ansía y exigirá el Justicialismo: pueblo grande, rodeado de abundancia, con la mesa bien puesta y sin dificultades en el diario vivir.

Queda sentado indiscutiblemente que la meta del Justicialismo es la fortaleza material y espiritual del pueblo argentino; temprarlo en la satisfacción de la vida, pero con la potencia de ser estoico, fecundo, recio, en llegando el caso de la adversidad, cuando hubiere que repechar pendientes y hombrrear penas, trasudando quizás, pero sin jamás comprometer las convicciones ni dar cuartel al enemigo común.

Andarán los tiempos, cambiarán los hombres, militarán quizás los que con premeditación o sin ella odien y procuren destruir el Justicialismo, pero nadie, aún en el peor de los casos, destruirá su esencia virtual, ni menos su poderosa

persuasión como camino, como luz y como paliativo para extirpar los desacomodos y torpezas sociales.

Y en secuela de tanta ponderación conservemos la mente atenta para el enfoque y solución de los nuevos problemas que se presentan al pueblo argentino; seamos inteligentes y consecuentes; lo primero, para mantener remozado el Justicialismo, con dinastía filosófica, fertilizando su potencial político; lo segundo, para enaltecer la democracia con el aliento puro y tonificante de la libertad y jerarquizar la vida en atención a los valores rectores. Aunque parezca innecesario, dada la compenetración de Eva de Perón con los principios del Justicialismo, tendrán que estudiarse científicamente, desde el mirador de la biología, la actitud, la voz, las sentencias, los anhelos y la parcialidad que impone a su empresa esta mujer extraordinaria. Ella no distingue razas, ni abolengos, ni leyes, y en caso de encontrar oposición, irrumpe decididamente para aniquilarlas; así acciona y grita; con tal intención y método, beneficia a la población argentina y lo hace con tanto dominio e intensidad que el agradecimiento la ensalza clamoroso, y es tan pictórico su poderío espiritual y material, que desborda los límites de la patria, trasciende más allá, hasta enseñorear su munificencia tras los mares y tras las cordilleras que no fueron valla para sus gestos solidarios.

La Revolución de Junio sin Perón hubiera fracasado por inanición, tan importante y eficiente resulta el empuje del líder. Mas la Revolución aún con Perón pero sin Evita hubiera sido como un árbol preñado de flores pero sin perfume.

Para los destinos de la patria hay un momento en que la gravitación de Eva de Perón levanta al cénit la acción de la Revolución, condensando el criterio justicialista con una medida que se proyecta trascendentemente hacia el porvenir: la declaración de los derechos cívicos y políticos de la mujer. Ese aporte de Eva de Perón es lo que podría calificar reajuste de su brillante pensamiento acondicionado por el Justicialismo. Es algo más, ella misma lo define en su libro: es sí espíritu, la vivacidad y el amor de Perón, con quien está consustanciada hasta en los más íntimos latidos de su ser.

La República Argentina, como el resto de los países de habla castellana que fueron conquistados y estuvieron sometidos al imperio de España, vivía hasta muy cerca del presente, en tratándose de la mujer, en la limitada condición de tenería por señora de la casa, ente familiar en misión social reducida a los menesteres del hogar, fincados principalmente en la crianza y educación de los hijos hasta ponerlos a nivel con las exigencias del país y las glorias de la patria. Ese estado de cosas fue, más de una vez, sometido a transformaciones que teóricamente inició Rivadavia, para caer de nuevo, y en absoluto, en la época de Rosas, al viejo reducto colonial (aun cuando éste otorgó a su esposa facultades discrecionales para actuar a su lado, facilitando de este modo perspectivas

sobre futuras posibilidades femeninas). Desaparecido en su prevalencia política el Restaurador, organizada la Constitución Nacional, surgen a poco andar las Escuelas Normales, impregnadas de laicismo, que Sarmiento con su estupenda energía y luminosa visión implanta y empuja para renovar con fertilidad nuestra cultura. Las Escuelas Normales se aproximan al apogeo. En ellas se gradúan maestros con espiritualidad liberal e intención, entre otras, de dar a la mujer un nuevo emplazamiento asegurando otros horizontes y efectividad de prácticas más en consonancia con su naturaleza, sus talentos y vivacidades, para luchar paralela y equilibradamente con el hombre. Pero a las Escuelas Normales les salen al encuentro enemigos formidables: prejuicios sociales y religiosos; y se plantea un complejo, el magisterio de las Escuelas laicas, desvirtúa su carácter originario, comulga con liturgias, reglamentos y dogmas y ese complejo les hace perder tono y orientación, y da al traste con la corriente que hubiera podido encauzar los derechos políticos plenos de la mujer.

Después de iniciarse las Escuelas Normales, y en tanto andan a tumbos o airosamente, aflora el socialismo, sistema político de izquierda que acrecienta sus filas partidarias alcanzando triunfos notorios en la Capital Federal; lucha, grita, enseña, legisla y en medio de sus intentos revolucionarios, aboga por la igualdad de la mujer, pero después de casi cincuenta años de campaña, desarticula su ritmo, y se ve aplastado por la Revolución de junio. Como cuña intercalada entre esos agentes político-sociales que se empeñan en modernizar la función social del hombre y la mujer, avanzan en San Juan, no sin exasperación, las ideas de un ciudadano a quien se lo juzgará con mejor consecuencia más adelante, cuando se amortigüe el malestar que produjeron sus fuertes y no pocas veces fecundísimas iniciativas: Federico Cantoni; radical de arranque pero que configuró un partido personal, de vasta influencia en su provincia, asume el gobierno y promulga la ley de los Derechos de la Mujer. Esta se vuelca en las calles en manifestaciones de complacencia y esperanza, da vivas a su liberación, acude a las urnas y triunfa, ocupa altos cargos, de juez, de rectora de la educación, de política, etc., etc., y como en sueño de reivindicaciones, ambiciona para la Nación la ley creada en su provincia. El pensamiento y la acción de Cantoni son anulados por el gobierno nacional y así su paso adelante se estanca en la incompreensión. Transcurren años y aparece Eva de Perón, la emancipadora, la que no mide distancias ni perdona equívocos, ni se arredra ante obstáculos, y de su impulso emerge, de una vez por todas, la declaración de los derechos cívicos y políticos de la mujer argentina, sin restricciones, a todo viento, sugiriendo al resto de los países de habla castellana en América, la necesidad y generosidad de imitarnos.

Esta transformadora legislación es la más destacada en que Eva de Perón jugó su clarividencia. Los derechos de la ancianidad, los de la niñez, etc., son indudablemente auspiciosos y altruistas, resultancia de un cometido patriótico

de óptima inspiración, pero los de la mujer revolucionan la vida ciudadana influyendo directamente y con señorío en la estructura política de la Nación. ¡Cuán poderoso hubiera sido su cometido de haber impulsado el divorcio absoluto en la ley argentina!

Con semejante pensamiento realizado que allega a la Ley el vientre, el cerebro y el corazón femeninos, se tumban en esta parte de América todos los arcaísmos, todas las necedades ambientales, todas las cadenas que maniataban un derecho que la naturaleza nunca negó a la mujer. Y Eva de Perón, al sustanciar ese sincronismo histórico, se constituye en matrona espiritual de la mujer argentina.

Es innegable que así el feminismo recibe un espaldarazo excelso, grávido de valimiento para el vivir y de originalidad, haciendo prevalecer por un lado esa faz social que Gobineau llama civilización femenina, pero para Eva sin mengua del sexo, en conservación de su gracia, divina función de la mujer. Nada de marimachos, de tontas obsesionadas por copar la banca, por manejar el instrumental que es facultad exclusiva y poderío del hombre; nada de mujeres que intentan arrancarse el vientre y desolar la tierra por ausencia de hijos y superabundancia de pedertería. Si tal osadía se encarnara no valdría la pena ni siquiera hablar, el mutismo se avendría mejor a esa desgraciada pasividad del hombre en la sociedad humana. Pero ni se crea que el hombre es imbécil, ni se piense que pueda renunciar a su biología, y, en consecuencia, el feminismo de Eva de Perón, que ella misma acrecienta con su belleza, su gentileza ponderable y su bondad, es prenda histórica resaltante del proceso cultural americano.

Forzoso para todo argentino es observar la línea que mantiene en su itinerario de personalidad pública Eva de Perón: la unidad de su conducta aparece nítida, uniforme, sin nebulosas, sin ambigüedades, sin duplicidad. Esta observación campea como fundamental, pues se hace menester considerar con tino y sin precipitaciones la aspiración de algunas agrupaciones que persiguen la beatificación de Eva de Perón, procedimiento eminentemente religioso. La beatificación es para los rituales de la iglesia el camino de la santificación. Y yo entiendo que Eva de Perón no habrá pretendido nunca tan perentorio desplazamiento de su personalidad, porque ella es una ciudadanía, es una expresión exclusivamente cívica, es una entidad laica, es un agente dinámico, real y de superación en presencia de la vida aquí en la tierra, sin preocupaciones del más allá, para resolver en este mundo el problema de la justicia social y establecer la ecuanimidad y la alegría del vivir.

Luchó denodadamente en pos de todas las satisfacciones, de todas las holguras, de la completa felicidad material y para el alma del pueblo: alimento abundante, vivienda confortable, vestuario suficiente, horizontes abiertos, y para

el dolor físico y moral, todo recurso factible de alivio, de auxilios y benevolencias.

En alguna ocasión manifiesta: *“Desterramos la limosna para exaltar la solidaridad como obra de justicia. Seguimos alegremente en la lucha porque su premio es demasiado hermoso y grande para renunciar a él. Ese premio es la felicidad, el bienestar y el porvenir de nuestro pueblo”*.

Su liberalidad característica, que no dividió al pueblo en religiones ni en razas, ni pidió más condición que la coincidencia justicialista, no cuadra con la beatificación, sería en cierto aspecto, como sustraerla de las gentes, mujeres, niños, hombres y ancianos, que profesan otras religiones; sería como parcializar el homenaje del pueblo, que debe dejarse brotar espontáneo, candoroso y fiel, fraterno y grande, como fue ella misma. Donde hubo una necesidad que la solicitara o que le fuera conocida, allí se presentó Eva de Perón; donde haya un corazón agradecido, una voluntad aprobatoria, una consecuencia de ideales, ya sea que musite su oración o su pensamiento en hebreo o en árabe, en castellano o en inglés, en guaraní o en quichua, allí debe tener cabida su homenaje, sin distinciones y sin empujones.

Creo simplismo de algunos espíritus impetrar la beatificación de Eva de Perón, pareceme que no perciben que esa aspiración ofende casi la majestad de su personalidad. ¿Para qué beatificarla? ¿Para qué esa posición transfigurada y milagrosa, ajena totalmente a la dotación mental, a la psicología y a las deliberadas disposiciones propias para encarar la lucha y establecer soluciones a su empresa? Juzgo más útil exhortarse a si mismo cada cual y anular por completo las resonancias coloniales que, entre mucho, sin negar lo grande, acarrear resabios, supercherías y tradiciones que si bien poderosas, bien es cierto también que falsean el verdadero sentido de la vida. Al milagro hemos de hacerlo nosotros, como lo hizo ella, por el respeto virtual y la admiración que nos inspira, cumplimentándola, ejercitando sus ideales, sobreentendiéndose que han de ejercitarse con severidad y perseverancia, única forma de enaltecer fielmente su credo. Si nos alejáramos apenas unos instantes de ese criterio de acatamiento a su potestad, desvirtuaríamos las expresiones que van desde la angustia al grito del dolor.

Para Eva de Perón, como concluyente reconocimiento a esa su potestad, lo justo, lo único es allegarnos con esforzados méritos a su grandeza. Si se alcanzan esos anhelos de las agrupaciones que ya denuncié, se acapararían de Eva, hurtarían un derecho del pueblo de tenerla y considerarla como ser de carne y hueso, con todas sus palpitaciones, no para que haga milagros de ultratumba, ni para que nos garantice el paraíso por alguien prometido, sino para que nos acompañe aquí y, bajo su poderosa sugestión histórica, acoplemos nuestra conducta a las mejores resonancias del bien común, precisamente por la justicia social, la comprensión humana y en una palabra, la socialización de

todos los agentes de la tierra: sol, lluvias, fertilidades, trabajo, riqueza y afanes para vivir en paz. Someterse a las convencionalidades de postrarse de rodillas ante su imagen es actitud muy distinta a saberse mantener de pie con temple gauchesco, en consonancia con el estoicismo de su estirpe, así, enteramente, por los fueros y el destino de la patria, que no tendrá ocaso mientras resplandezca el sol del Justicialismo y en la ciudad y en el campo se entone el himno de su gloria.

Eva de Perón, conductora de su pueblo, timoneando las más fructíferas y munificentes realizaciones; ella con su infatigable vocación, ella con su gravedad política, ella con su sonrisa y sus brazos abiertos, así tengámosla y admirémosla íntimamente, sin aceptar interpositos agentes que pretendan suplir su presencia magnífica siempre y para siempre parte integrante de la argentinidad.

En su libro, testamento histórico, Eva de Perón estampa con nitidez su fusión espiritual con Perón, su exaltación se torna a veces pasional, su amor cobra alientos de inmortalidad, pero, seamos verídicos, todo ello no absorbe ni apaga su combativa vehemencia, austera y sin igual vehemencia contra todas las injusticias. Testamento de esa laya no se leyó jamás: en él no se habla de cosas materiales, de oro ni de plata; joya documental para el historial justicialista, esbozo de una vigorizada conciencia nacional con desbordes humanitarios, constituye de por sí una declaración de principios; amor, amor, es la tónica de su contenido, amor a la justicia, amor a su patria, amor a su pueblo y amor, intenso amor, a su gran compañero, el hombre de la Revolución de la nueva Argentina. Y si este libro ha de ir a las escuelas, en buena hora, que el niño se impregne de su contenido así como lo hicieron muchas generaciones anteriores delante de Sarmiento, Alberdi, Mitre, Avellaneda y otros. Ya vendrán los años y el niño hecho hombre, sabrá su cometido, entonces la imagen de Eva de Perón se coronará en el templo de los próceres.

La ciencia no ha podido explicar la aparición sobre la tierra de seres privilegiados, en cuanto a causas, factores o agentes que proporcionan solvencia de superación y excelencia. No lo podría yo, por más que estudiara el origen étnico, racial, ambiental de Eva de Perón, ni la enseñanza, la educación o los métodos que ella recibiera dentro y fuera del hogar. Lo innegable es que Eva de Perón muestra perfiles y probado temple de mujer extraordinariamente evolucionada. Cuando se encuentra a sí misma, mediante la consagración de Perón, entonces, sobre un escenario ya desbrozado por él, llega, como cuajado fruto, a la eclosión de su prominencia que los hados le reservaran y su misión culmina descubriendo horizontes jamás imaginados a la justicia y el bienestar del pueblo. Y en ese escenario tuvo que improvisarse en la acción, en la lid, diré mejor, ignorada, mas no en el concepto interior por cuanto lo tenía y lo sentía. Esa improvisación, que comprometió su sistema nervioso, tenso de por sí, le

arrancó frecuentemente expresiones mordaces propias de las conmociones del ánimo en la contienda política, cuando se actúa con exclusividad dominadora por un ideal que constituye meta de prefijadas reivindicaciones, mas su mordacidad no resiste el análisis para el establecimiento de una crítica de justicia, ya que los merecimientos de Eva de Perón superan en grado eximio y rotundo. Sobre la ruta de la lucha alcanzó vibraciones inusitadas, vuelo encumbrado que prodigó beneficios a todas las poblaciones del país. La oligarquía tembló ante su presencia, se sintió el sismo de la oposición y a poco se astilló su resistencia, pero corrió la maledicencia, la calumnia, la envidia, y hasta el odio floreció en los labios palidecidos del adversario; ella permaneció inmutable.

Creó su método y fue de calidad, consistió en concretar la razón del mal y señalar causas sustentacionales, corajudamente, con sonoridades que se escucharon hasta en los confines territoriales a modo de clarinadas de guerra contra el enemigo común. Asumió una de las jefaturas más graves que organizó el Justicialismo y de tal modo se desenvolvió que se jugó con ella hasta la propia existencia. Es que al trazarse el método configuró también el procedimiento de no ceder ni ante el martirio a precio de triunfar. Y bien sabemos que todo es histórico. Su estrategia fue limpia, hizo conocer sus ideales al pueblo y lo persuadió del sentido de la responsabilidad para responder y acompañarla en tan inesperada, recia y audaz jornada. Así combina con los de arriba, con los que gobiernan, su plan de operaciones que le permite movilizar las voluntades y provocar una adhesión colectiva; se apodera de todos los reductos, ocupa todas las tribunas, desde las engreídas o alcurniosas de las ciudades hasta la soledosa del más retraído villorio norteño, y despliega tal donaire y fervor que sus pasos se miden por batallas triunfales.

Con el devenir su actualidad servirá de punto de comparación para determinar un momento del proceso femenino a través de los siglos hasta este año de 1952, en que ella se ausenta de la tierra. Con su postura y su genio, Eva de Perón señala una exponencia normativa de cómo pueden complementarse hombre y mujer durante su existencia y en la lucha ascensional emprendida para alcanzar plenitud de garantía y complacencias vitales. Esa su genialidad y su postura tendrá resonancia en la filosofía positiva, por la mejor interpretación funcional de los sexos y se podrá considerar a Eva de Perón, por ese concepto enunciado, la creadora de una nueva posición para nuestro país, que refrescará, como en superación, el viejo decir del poeta sobre nuestra capital: "La Atenas del Plata", y más aún, en el mundo civilizado, señalando la altura de su pensar y hacer, se oirá esta frase: la señorial Argentina.

Esta niña modesta, desconocida, que pasó desapercibida, llevaba consigo una inquietud primordial, una visión vital sobre el acontecer de su ambiente, un móvil de superación casi frenético. Así anduvo sus días sin que Buenos Aires

advirtiera su caudal interior y la preocupación esencial de su destino. Cuando alcanza el objetivo de esa intención que quema su espíritu, de inmediato se posesiona de sí misma, comienza a atacar, y se lanza a fondo, sin más medida que la posibilidad de destruir el mal para que se expanda la justicia. No tengo la menor duda de que ella sugiere a Perón nuevos aspectos para su programa revolucionario, menos dudas puedo tener de la capacidad de este hombre superior para barajar la preciosa ofrenda ocasional. Un prestigioso escritor ha dicho que la sensibilidad de la mujer es antena exquisita para la explotación y selección de valores. En este caso la revelación de Eva de Perón, por su excepcional sensibilidad, ratifica cumplidamente ese criterio, pues que es la alentadora, mancomunada con Perón, para utilizar los valores más adecuados al éxito de su campaña y a su proyección en el porvenir. Acude a mi recuerdo envuelto en la historia, el nombre de Olimpia, madre de Alejandro, quien sugiere a su hijo la histórica campaña de su colosal empresa, y le dice, como con ostentosa seguridad: *“Yo te seguiré a Babilonia, yo seré emperatriz cuando tú hayas triunfado”*. De esa estirpe ha sido Eva de Perón. Está en la conciencia de todos los argentinos y de los extranjeros allegados a nuestro hogar, está en la conciencia de sus partidarios y en la de la oposición, esa explícita calidad meteórica; y como es propio de hombres cabales el no ocultar ni desmentir los latidos que conmueven el pecho, o el asentimiento que resiste incólume el más severo juicio, la historia ha sentado sus reales entre nosotros preñada de gloria y con brochazos de inmortalidad. El Parlamento de la Nación, los gobiernos de provincias y territorios, las Universidades, las Escuelas, las Iglesias, las colectividades extranjeras con sus banderas desplegadas y el pueblo, todo se ha conmovido, unos se irguieron con ardimiento para glorificarla, otros cayeron postrados, anonadados de angustia.

Ante el derrumbe de su vida material, no queda en los jardines argentinos ninguna flor sin entregar su corola y su perfume ante su imagen bien llorada, tampoco queda en nuestro continente voz alguna que no exprese congoja por esa estrella que desaparece, no del firmamento de América, sino del escenario mismo donde se acometen en la lucha todas las ambiciones, amores y odios de que es capaz el hombre. Es que, más que sus obras, mucho más que la materialización de sus empeños, que se alzan con imponencia, vale su grandeza de ánimo, la riqueza inagotable de su entusiasmo justiciero, su fervor patriótico y el fuego de las inmortales sugerencias que brotan de su pecho y resuenan en su voz como sagradas rebeldías.

El marco de la nacionalidad es reducido para contener su potencialidad, pues traspasa los límites de la patria y se difunde como radiante luz por los ámbitos del mundo civilizado.

Ardua empresa para la posteridad será valorar ese caudal de virtudes atesoradas por su personalidad, pero afirmaré como síntesis de mi pensamiento

que ella, toda su vida y su recuerdo, es paradigma para la ciudadanía nuestra, hito de perennidad en el proceso de la historia del Nuevo Mundo. Sin hipérboles el itinerario de Eva de Perón es proyección para siglos, de arranque habrá que establecerlo en el vértice de una moderna evolución social que se aprovechará inteligentemente para la humanidad en diligencia de caminos y andanzas más acomodadas a las tareas del Justicialismo.

Auténtica floración del medio ambiente y de la época, Eva de Perón llega en el preciso instante en que rebalsa sordamente la protesta de los que padecen sed de justicia.

Será inútil reunir y clasificar supuestos errores suyos, con el fin de anular su grandeza, jugosa y trascendental misión con todo el sabor y la fuerza del pago; ella la cumple punto por punto, vertiginosa y cabalmente, como si presintiera su tránsito fugaz.

Los predicadores de la evolución social, los que se dicen encargados de ese trance de penetración, se retardan, pero saben que ella se adelanta y realiza la empresa magistralmente, y en lugar del pleito homenaje que le deben, la combaten con odio. Son los sofistas modernos que no cuajarán, los castrados de sentimientos que jamás accionan por amor sino por ambiciones subalternas. Su desaparición apareja un interrogante, pero nada resta de la tremenda obligación histórica que nos incumbe en presencia de este acontecimiento que ha entristecido el corazón argentino.

Tendría que explicarlo, pero me transfiero al tiempo: la obra de ella ha quedado inconclusa; como exasperadas solicitaciones populares claman aún desde el fondo de la Nación, injusticias, atropellos y dolores que esperan la mano redentora.

Eva de Perón, ***“la grande, ha muerto. El campesino que la quiso llorar, dijo al obrero:***

—No hay que llorar la muerte de un viajero; hay que llorar la muerte de un camino”.

Menos responsos, basta de lágrimas, desprecio a todas las indecisiones, a las simulaciones y al ocio, y a cumplir, argentinos, la consigna:

Que se temple la hermandad gaucha, que todos los corazones cobijados bajo nuestro cielo reaviven en nutrida y sabia comprensión el arte de andar, si por caminos opuestos, nunca para contrariar los de la patria, unificados con esa aureola de fraternidad que se canta en el himno, se ostenta en el escudo y flamea gloriosamente en la bandera.

Cómo se puede morir con gloria en holocausto de la patria, Eva de Perón lo ha demostrado, por su abnegación, por su acción, por su sacrificio, por sus renunciamientos y por sus éxitos. Y sea el final de este discurso, que bien pudiera tenerse por panegírico, la verdad del juicio mío: Eva de Perón ya es

mármol, Eva de Perón ya es bronce, Eva de Perón ya es eternidad, todo porque
es historia vívida de la patria.
Tucumán, Setiembre 12 de 1952.

B.P.
B.416

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA
FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS

Biblioteca del
Congreso

Biblioteca
Congreso

ARGENTINA

ARGENTINA

GRANDEZA
Y PROYECCION
DE
EVA DE PERON

Por JUAN CARLOS STORNI

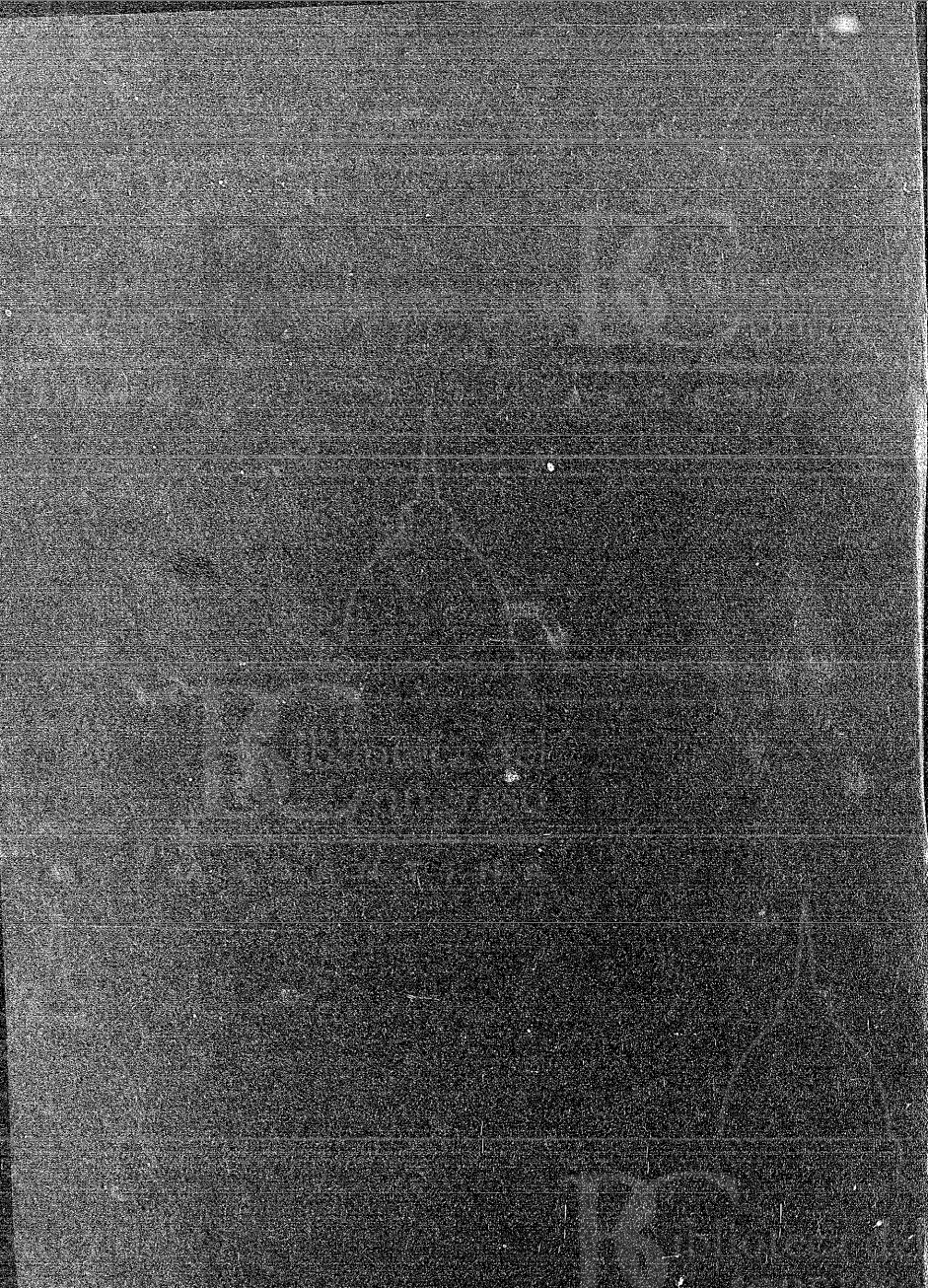


SAN MIGUEL DE TUJUMAN

1957



B.P.
D. 416



 Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

 Bibli
ARGENTINA

 Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



 Biblioteca del
Congreso

 Bibli

DUARTE DE PERON, MARIA EVA, 1919-1952-HOMENAJES

FN-TV. h. 17

Biblioteca del Congreso
ARGENTINA

SINDICATO DEL TRABAJADOR DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMAN

ADHERIDO A LA C. G. T.

Biblioteca del Congreso
ARGENTINA

Biblioteca del Congreso
ARGENTINA

GRANDEZA
Y PROYECCION
DE
EVA DE PERON

Por el Ing. JULIO S. STORNI



BIBLIOTECA PERONISTA
SAN MIGUEL DE TUCUMAN
1952

B.P.
B.416

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

3105 12



Biblioteca del
Congreso

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Conferencia pronunciada por el Ing. Julio S. Storni en el Aula Magna "Eva Perón" de la Universidad Nacional de Tucumán, bajo el auspicio del Sindicato del Trabajador de la misma, cuyo presidente, señor Carlos Molineri, tuvo a su cargo la presentación del disertante.

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

ADVERTENCIA
A ESTA EDICION

Si yo fuera un badulaque, adulator o paniaguado de las autoridades, me tendría por sabedor de esa tristísima posición que trataría de complimentar con toda prudencia.

No soy hombre del montón ni quiero serlo, mi buena educación es alcurmiosa, de ahí que a veces parezca violento; lo que algunos llaman complejo de mi personalidad es el corajudo pensamiento mío, que reconoce, esté donde esté, la grandeza y los méritos ajenos.

Ciudadano de la Revolución de Junio, nadie ignora aquí en Tucumán que hablo claro y digo las cosas a conciencia, además las autoridades del Partido saben perfectamente que no molesto, ni pido nada para mí, ni tengo amarguras, que siempre hago acto de presencia y lucho a la luz del sol y con toda firmeza.

Las líneas que van a leerse son mi homenaje a Eva Perón, cuya grandeza y proyección admiro.

Julio S. Storni

iblioteca del
ongreso
ARGENTINA


oteca del
ongreso
NTINA

iblioteca del
ongreso
ARGENTINA

iblioteca del
ongreso

iblioteca del
ongreso
ARGENTINA



iblioteca del
ongreso
ARGENTINA

iblioteca del
ongreso

iblioteca del
ongreso

Para atender con sabiduría, talento y elegancia esta tribuna, emplazada en nuestra Universidad y adueñada de abolengos intelectuales, bajo el auspicio de una Institución social solidarizada con el Justicialismo, como lo es el Sindicato del Trabajador de la misma, se necesitan atributos de calidad que no me pertenecen, toda vez que la empresa de hablar sobre una mujer prócer es eminencia de privilegio.

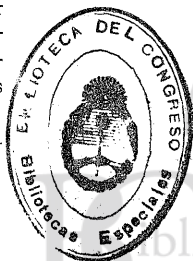
Exige también esta tribuna reflexiones austeras en relación con la responsabilidad de quien la asiste, porque lo que se manifieste desde ella ha de guardar concordancia con la Universidad, por la elevación y pureza de conceptos. Mi costumbre de dar cara al sol y no renunciar a los mandatos a que debo responder o a los que me sugiere mi conciencia para afrontar intimidades y convencimientos, explica mi presencia aquí. Y en prolongación, porque desestimar toda demostración en cuanto a la dignidad, por modesta que sea, y a la capacidad, por reducida que se encuentre, y a la honradez de intención, a condición de que se la tenga sin sombras, es impropio, decidí sumar mis palabras a los millones que se han escuchado ya, encomiando esta constelación de extraña y radiante luminosidad que es Eva de Perón, ante quien inclino mi ciudadanía sin contrariar los fueros filosóficos que mantengo por la democracia y la libertad del pensamiento.

Pretendo que de ninguna manera se podrá emitir juicio terminante sobre Eva de Perón sin antes obligarse a meditación respecto al desempeño de la mujer en el resto del mundo, a través del tiempo y del espacio, afrontando circunstancias planteadas por el desenvolvimiento de la lucha del vivir. Como cuestión previa, tendría que considerar: 1o. La mujer de América precolombina, la autócto-

na, la hija de la tierra, como producto de las fuerzas cósmicas y de los agentes telúricos en permanente gravitación sobre las poblaciones indígenas. 2o. La mujer bajo sujeción de la conquista, en imperio de idiosincrasias transmitidas por determinada raza, religión e idioma, etc., etc., tal la que se alza en Estados Unidos y Canadá, con peculiares características. 3o. La mujer bajo sujeción de la conquista en los países de América Latina, en prevalencia del poderío español, con toda su vivacidad y grandeza, pero asimismo con su bagaje de mañas, ambiciones y supersticiones. 4o. La mujer de herencia portuguesa, viviendo en saudades que dan tono a su comportamiento. Y tendría que ir más lejos, trasladarme a los viejos continentes, desde cualquier olvidada aldea hasta el milenario y fastuoso imperio asiático y luego hasta las maravillosas encrucijadas de la gloria de Francia, etc., etc. De este modo, historia en manos, podría catalogar la admirable esplendor de tantísimas mujeres que en distintas épocas gravaron, con brillo sin igual, gracia y genio femenino. El panorama es vastísimo, sin contar con lo anónimo, son cientos y cientos de singulares mujeres las que desfilan como expresiones de vanguardia en el pensar y en el hacer, pero puedo, sin temores de ninguna clase, asegurar que pocas presentáronse al escenario de la vida como Eva de Perón, magnífica predestinada, o hicieron lo que ella en brevísimo lapso de su tiempo, fugaz y esplendente jornada truncada brutalmente por la fatalidad. Mi aseveración está perfectamente documentada, la individualidad de muchas mujeres que llegaron a elevarse en superación sobre los hombres es asombrosamente extraordinaria, pero en general fueron unilaterales, otras localistas, y no faltaron las que encendidas en chispazos intelectivos, lúcidos y penetrantes, con largueza genial y talentosa, dieron a sus estampas prominencia en la cultura universal. Sin orden cronológico diría que desde la Virgen María hasta Juana de Arco, desde Cleopatra hasta Madame Pompadour, desde Isabel la Católica hasta Madame Sevigné, desde Santa Rosa de Lima hasta la Reina

Victoria, desde Ninón de Lenclos hasta Teresa de Avila, desde Carlota Corday hasta la mejicana Malinche, que iluminó los pasos de la conquista; desde Catalina de Rusia hasta Mistress Roosevelt, desde aquellas españolas que atravesaron el desierto en desolación y desconocimiento de los territorios del Nuevo Mundo, en achaque de todas las privaciones, hasta las patricias de Mendoza, no hubo surgido una estampa femenina tan donosamente favorecida para las acometidas sociales y políticas de fondo en armoniosa y resonante conjunción de gracia, belleza y talento, como Eva de Perón.

Pienso que de ser ella la reina de Francia cuando la Revolución famosa, hubiera doblegado la fiera de los revolucionarios. Y ha de creérsele que no ignora la existencia de cuantas mujeres de privilegio, en los cambiantes y diversos panoramas, ofrece la historia; nada me resultaría más fácil que concretar opinión sobre heroínas, poetisas, pensadoras, mártires, organizadoras y directoras de instituciones públicas y privadas, pero no es el caso, porque al hablaros hágolo persuadido de que estáis en dominio y con capacidad para discriminar sin daño sobre tales acontecimientos, jalones de orgullo y de honor para el género humano. Pero si ese conocimiento impartiera luz y criterio hacia un exacto paralelismo o diferenciación de remarcada superioridad, resultaría insuficiente si se desconociera el medio económico y social ante el cual tuvo que desenvolverse Eva de Perón. De ahí la imprescindencia de una exposición previa que concretaré así: el panorama del país, por su población proletaria en el momento de la Revolución de Junio, era desolador, había sed de justicia y también de agua, había hambre y otras necesidades. Sobre el suelo argentino transitaban entre pedregales y páramos, ya en los confines de la pampa o bajo los espesos bosques, hombres debilitados, mujeres con los pechos exhaustos, niños tambaleantes, cabe la patria en desconsolación; agrupaciones famélicas junto a los grandes ríos norteños o sobre las desoladas mesetas patagónicas, como junto a las



frígidas y turbosas tierras fueguinas. También, mal cubiertos por las rancherías de los éjidos, cercanos al turbulento derroche y bullicio de las ciudades populosas, tendíanse en agobiadora existencia gentes de trabajo harto olvidadas. Y toda esa multitud arrastraba la misma pasta humana que el resto, la que disfrutaba de halagos sin tasa, todos hijos del dios de la justicia, con los mismos derechos para vivir mejor, y con los mismos deberes para sustentar esos derechos.

Contemplando el aciago sufrimiento indígena junto a chozas miserables, pensé que más de una provincia y gobernación ofrecía el espectáculo de la falta de un toldo para el trabajador argentino, si apenas el esplendor del cielo para cobijarse. Cosa estupenda, entre los Chacos, tierra de ostentosa riqueza, se oían reclamos por un retazo de suelo, para tener una casita, un árbol frutal o una hortaliza, y esa llanura tan rica, extendíase por leguas y leguas, ansiosa del trabajo y del arado redoblador de gratitudes. En otras partes, meritisimas para la tradición por la valentía de sus hijos humildes, el despotismo de un caudillo brutal, con prepotencia que se prolonga años y años y facilita a sus paniaguados el festín y la garra nutridos de la sangre y de las esperanzas del pueblo. De extremo a extremo del país no existe el sentido y la efectividad de la retribución del trabajo, cuando se entrega un peso se admite que la mano se ha abierto excesivamente, se alardea caridad, sentimiento, para mí, de impotentes y resignados. El imperativo de la filantropía que es un "tete a tete" de igual a igual, por los derechos inmanentes del hombre a vivir tranquilamente y con honorabilidad hasta el fin de su existencia, no se comprende ni menos se ejecuta. El cuadro es entristecedor. Pero advierto que no es posible negar a muchos de nuestros antecesores en los gobiernos, en la industria o en el hogar, la honestidad de sus preocupaciones ni la amplitud de sus sentimientos para con el prójimo; no es posible desconocer la previsión y las ejecutorias que se sucedieron y prolongaron positivamente para dar a la Na-

ción postura de matrona rectora de la justicia y del progreso; negar tanto mérito y tanto honor sería como amordazar la conciencia. Palpitaron corazones bizarros, voces de reparación, y así como hubo un Sarmiento hubo un Irigoyen, nobilísimos en el pensar, maduros sembradores de realidades y de ideales; y hubo una ciudadanía gaucha conciente de que la finalidad más a tono con la patria, para sus hijos, es la de la justicia y la felicidad. Pero nada de esto redujo la torpeza del mandón terrorista que en una u otra forma eludió esas ideas; la suntuosa heredad, los ríos caudalosos, la fauna y la flora, el clima alentador, y la misma ley máxima que marca derroteros clarísimos como la luz del sol, fueron marginados negativamente.

Y he de extender mi comentario respecto a la posesión de la verdad para una rebelión: la juventud se hallaba preparada para la acometida, la oligarquía en tembladeral, el capital ojo avisor, el pueblo acogotado en protesta de ese estado social equívoco, el sabio en prédica constante, los reformadores en acecho, conjunción un tanto desconcertante pero de impulso revolucionario que hacía el momento propicio. Faltaba el pulsador, la mente directriz, el coraje en marcha y ello llegó con propiedad y fulgurancia providencial con Perón y Eva de Perón.

Conocí personalmente a Eva de Perón en Santiago del Estero cuando aquella célebre cruzada suya por tierras norteñas, en que repetía sus andanzas de justicia entre senderos de gloria. Una vez más me favoreció la Providencia, porque desde niño había experimentado en esa misma tierra santiagueña, de tanta humildad y bondades, lo que significaba la contienda de la pobreza y la desesperanza en las clases menesterosas, y porque llegué a la madurez sin desfallecimientos, considerando que tal estado de torpe injusticia debía corregirse alguna vez en definitiva. Francamente, al verla quedé extasiado ante su belleza y su elegancia principesca y al estrecharle las manos le trasmití mi homenaje garantizándole que lo hacía por Tucumán, como presidente del Concejo Deliberante, y como hijo del

Tucumán, cuyas gentes la amaban y admiraban. Entonces, como otras veces, observé sus gestos y las formas de su conducta. Unía Eva de Perón a su apostura física la ternura de su corazón, su prestancia armónica y la maravillosa aptitud de llegar al nivel común en ignorancia de su supremacía espiritual; ninguna como ella, sin ostentación, pone al descubierto la pureza de sus sentimientos patrióticos, ninguna como ella se quema en la intensidad de su amor al pueblo; ninguna desprecia tan acerbamente y esgrime tanta valentía para combatir los privilegios delante de las malversaciones políticas que invalidan el cumplimiento de la justicia; ninguna posee tanta consagración de acción indomable para la efectividad de sus inspiraciones; ninguna como ella profesa resplandeciente y honda lealtad y admiración para el hombre de su corazón. Se aprecia así su moral, se respeta su nobilísimo apostolado y se aquilata la enorme generosidad de su alma.

Doy una mirada retrospectiva a mi vida y recuerdo que en repetidas vigiliass, para ensanchar conocimientos y calmar mi inquietud juvenil, me allegué a las tierras del Líbano y, adentrándome, tracé rumbos sobre sus comarcas holladas desde ha siglos por profetas, apóstoles y dioses que los hombres de entonces decían reconocer. Lector en desesperación por abrevar sapiencia y luces, prolongué mis andanzas en otras direcciones, y así conocí Europa y nuestra América, desde Nueva York a Tierra del Fuego. Mediante la Biblia y otros libros de mentada alcurnia me fué dado saborear historias y leyendas, contemplar pueblos y descubrir en muchos horizontes el infinito requerimiento del espíritu. Con tamaña experiencia yo me pregunto: ¿Quién en este larguísimo proceso de pueblos, cumplió un apostolado tan eficaz y bravamente como Eva de Perón? Y me contesto que no figura precedente de mujer que se haya desenvuelto como ella. Eva de Perón trabaja sin intermitencias, sin miedo, en alta voz, contra intereses creados, contra malas leyes, contra personajes en eterna profanación de buenas intenciones, pero jamás lucha contra mo-

linos a viento; para ella el problema está aquí y hay que forzar soluciones. En ese no descansar tuvo la particularidad de exponer sus ideales con claridad meridiana, sin dobleces, pues nadie quedó sin entenderle, y con sinceridad palmaria. Digo que realizó la hechicería triunfal de su pensamiento, hablando sin parábolas, usando estilo muy propio y conciso, donde no asoma ni el profeta, ni el antiguo apóstil, ni el rabí, siempre cargados de incomprensión y detenidos en suspensos que se vuelven desesperanzas.

Alguien, repitiendo cansadoras opiniones, sostiene que el Justicialismo es sistema político de raigambre cristiana, equívoco éste que no concuerda con los antecedentes históricos. El Justicialismo no es un accidente político, sus principios se adentran y dominan la mente de los forjadores de la nacionalidad, imbuidos en el sistema filosófico que sirve de plataforma ideológica a los revolucionarios de Francia. Más que equívoco es alteración de la verdad. Por empezar, Cristo predicó y exigió abandono absoluto de las riquezas materiales y en el calor de su prédica fué excesivamente rígido, compeliendo a quienes le siguiesen con predilección a desistir hasta del amor; por El era necesario dejar atrás hogares, padres, hermanos, hijos y novias. Y semejante requisitoria está muy lejos, pero muy lejos, de acomodarse a la naturaleza del hombre, como está muy lejos de las posibilidades que éste puede allegar para disfrutar algo de lo mucho que brinda la naturaleza. Y no se suponga mi aseveración falta de visión ni ausencia de homenaje y respeto hacia esa revelación, dogma de alteza que mi conciencia acata para sustento de encumbradas preocupaciones. En verdad, el Justicialismo no responde a concomitancias de religión ninguna; su credo finca en la decisión de establecer la socialización virtual de la voluntad popular, la riqueza y la ley, para normalizar así el usufructo de la vida; su mística es la justicia. Ya lo tengo demostrado en otra oportunidad, el Justicialismo acusa raigambre biológica, fuerza de positiva vitalidad, interés supremo y permanente de establecer justicia y bien para los humildes, de

aliviarles gozosamente su tránsito por la tierra, sin promesas posteriores más allá de esta peregrinación. Con él llegaremos, si no defraudamos su mandato, a conformar un pensamiento capaz de mantener la Nación en orden, decencia y progreso. Eva de Perón se ajusta estrictamente a esa consigna que parte de sí misma: aplicar la justicia y las soluciones como asuntos de este mundo, inexorablemente, y hasta podría agregar de mi parte que tal razonamiento es la mejor base de sustentación para alistar y asegurar la conquista de supremos paraísos de ultratumba. Bullía en su adentro un resentimiento de urgente plazo para arreglar la ubicación y la felicidad de los humildes, hasta, si fuere menester, recurriendo a violencias. Téngase en cuenta que cuando ella habla, vaya un caso, sobre la declaración de los Derechos de la Ancianidad, desde la Fundación que lleva su nombre, haciendo apología de la justicia social, declara:

“Para librar a los trabajadores de las coyundas de una sociedad injusta y cruel, que negaba sistemáticamente por sus jueces y por sus lenguaraces toda forma de evolución, toda superación colectiva, todo derecho de las mayorías a participar de alguna manera en la riqueza que creaban para las minorías y que ellos no veían traducirse en pan para sus hijos y felicidad para sus hogares, fué necesaria una revolución”.

¡Y qué revolución!, agregó yo.

Tampoco marchan por camino de verdad sino al contrario, oscurecidos por aberaciones psíquicas que a veces alcanzan dominio en la colectividad, los sectores que divulgan la idea de que el Justicialismo anula jerarquías, deshace perfiles y trata de nivelar la vida social al modo que lo haría una colosal aplanadora izquierdista. Tan craso error ha sido voceado hasta por obreros, quizás no bien saturados, no bien compenetrados de Justicialismo, así lo creo, porque en no pocas andanzas he oído ese rumorear, como dando a entender que sólo el obrero manual ha de tener dominio, mando, privilegio y gobierno sobre el resto de la sociedad, lo que significa, tácitamente, atribuir al Jus-

ticialismo el ejercitamiento inicial del Comunismo argentino. Semejante torpeza hemos de combatirla constantemente, afinando la interpretación y contrarrestando excesos. También aquella otra que propaga una rara pretensión: la no existencia de ricos. Ricos y poderosos habrá siempre, como habrá inteligentes y nulos, esforzados y holgazanes, por simple selección de la naturaleza y por inevitables factores cuya concurrencia escapa al control y la voluntad del hombre muchas veces. Ricos habrá siempre —repito— y conviene que los haya y en nuestro país en abundancia pero se ha de entender que esa conveniencia ha de constituir un orgullo nuestro bien cimentado, cuando los ricos se humanicen y comprendan que es indispensable la socialización, la humanización de la riqueza. Por tal senda se ha de llegar al equilibrio que ansía y exigirá el Justicialismo: pueblo grande, rodeado de abundancia, con la mesa bien puesta y sin dificultades en el diario vivir. Queda sentado indiscutiblemente que la meta del Justicialismo es la fortaleza material y espiritual del pueblo argentino; temprarlo en la satisfacción de la vida, pero con la potencia de ser estoico, fecundo, recio, en llegando el caso de la adversidad, cuando hubiere que repechar pendientes y hombrlear penas, trasudando quizás, pero sin jamás comprometer las convicciones ni dar cuartel al enemigo común.

Andarán los tiempos, cambiarán los hombres, militarán quizás los que con premeditación o sin ella odien y procuren destruir el Justicialismo, pero nadie, aún en el peor de los casos, destruirá su esencia virtual, ni menos su poderosa persuasión como camino, como luz y como paliativo para extirpar los desacomodos y torpezas sociales.

Y en secuela de tanta ponderación conservemos la mente atenta para el enfoque y solución de los nuevos problemas que se presentan al pueblo argentino; seamos inteligentes y consecuentes; lo primero, para mantener remozado el Justicialismo, con dinastía filosófica, fertilizando su potencial político; lo segundo, para enaltecer la demo-

cracia con el aliento puro y tonificante de la libertad y jerarquizar la vida en atención a los valores rectores.

Aunque parezca innecesario, dada la compenetración de Eva de Perón con los principios del Justicialismo, tendrán que estudiarse científicamente, desde el mirador de la biología, la actitud, la voz, las sentencias, los anhelos y la parcialidad que impone a su empresa esta mujer extraordinaria. Ella no distingue razas, ni abolengos, ni leyes, y en caso de encontrar oposición, irrumpe decididamente para aniquilarlas; así acciona y grita; con tal intención y método, beneficia a la población argentina y lo hace con tanto dominio e intensidad que el agradecimiento la ensalza clamoroso, y es tan plétórico su poderío espiritual y material, que desborda los límites de la patria, trasciende más allá, hasta enseñorear su munificencia tras los mares y tras las cordilleras que no fueron valla para sus gestos solidarios.

La Revolución de Junio sin Perón hubiera fracasado por inanición, tan importante y eficiente resulta el empuje del líder. Mas la Revolución aún con Perón pero sin Evita hubiera sido como un árbol preñado de flores pero sin perfume.

Para los destinos de la patria hay un momento en que la gravitación de Eva de Perón levanta al cénit la acción de la Revolución, condensando el criterio justicialista con una medida que se proyecta trascendentemente hacia el porvenir: la declaración de los derechos cívicos y políticos de la mujer. Ese aporte de Eva de Perón es lo que podría calificar reajuste de su brillante pensamiento acondicionado por el Justicialismo. Es algo más, ella misma lo define en su libro: es el espíritu, la vivacidad y el amor de Perón, con quien está consustanciada hasta en los más íntimos latidos de su ser.

La República Argentina, como el resto de los países de habla castellana que fueron conquistados y estuvieron sometidos al imperio de España, vivía hasta muy cerca del presente, en tratándose de la mujer, en la limitada condi-

ción de tenerla por señora de la casa, ente familiar en misión social reducida a los menesteres del hogar, fincados principalmente en la crianza y educación de los hijos hasta ponerlos a nivel con las exigencias del país y las glorias de la patria.

Ese estado de cosas fué, más de una vez, sometido a transformaciones que teóricamente inició Rivadavia, para caer de nuevo, y en absoluto, en la época de Rosas, al viejo reducho colonial (aun cuando éste otorgó a su esposa facultades discrecionales para actuar a su lado, facilitando de este modo perspectivas sobre futuras posibilidades femeninas). Desaparecido en su prevalencia política el Restaurador, organizada la Constitución Nacional, surgen a poco andar las Escuelas Normales, impregnadas de laicismo, que Sarmiento con su estupenda energía y luminosa visión implanta y empuja para renovar con fertilidad nuestra cultura. Las Escuelas Normales se aproximan al apogeo, en ellas gradúanse maestros con espiritualidad liberal e intención, entre otras, de dar a la mujer un nuevo emplazamiento asegurando otros horizontes y efectividad de prácticas más en consonancia con su naturaleza, sus talentos y vivacidades, para luchar paralela y equilibradamente con el hombre. Pero a las Escuelas Normales les salen al encuentro enemigos formidables: prejuicios sociales y religiosos; y se plantea un complejo, el magisterio de las Escuelas laicas, desvirtúa su carácter originario, cumulga con liturgias, reglamentos y dogmas y ese complejo háceles perder tono y orientación, y da al traste con la corriente que hubiera podido encauzar los derechos políticos plenos de la mujer.

Después de iniciarse las Escuelas Normales, y en tanto andan a tumbos o airosamente, aflora el socialismo, sistema político de izquierda que acrecienta sus filas partidarias alcanzando triunfos notorios en la Capital Federal; lucha, grita, enseña, legisla y en medio de sus intentos revolucionarios, aboga por la igualdad de la mujer, pero después de casi cincuenta años de campaña, desarticula su

ritmo, y se ve aplastado por la Revolución de Junio. Como cuña intercalada entre esos agentes político-sociales que se empeñan en modernizar la función social del hombre y la mujer, avanzan en San Juan, no sin exasperación, las ideas de un ciudadano a quien se lo juzgará con mejor consecuencia más adelante, cuando se amortigüe el malestar que produjeron sus fuertes y no pocas veces fecundísimas iniciativas: Federico Cantoni; radical de arranque pero que configuró un partido personal, de vasta influencia en su provincia, asume el gobierno y promulga la ley de los Derechos de la Mujer. Esta se vuelca en las calles en manifestaciones de complacencia y esperanza, da vivas a su liberación, acude a las urnas y triunfa, ocupa altos cargos, de juez, de rectora de la educación, de política, etc., etc., y como en sueño de reivindicaciones, ambiciona para la Nación la ley creada en su provincia. El pensamiento y la acción de Cantoni son anulados por el gobierno nacional y así su paso adelante se estanca en la incompreensión. Transcurren años y aparece Eva de Perón, la emancipadora, la que no mide distancias ni perdona equívocos, ni se arredra ante obstáculos, y de su impulso emerge, de una vez por todas, la declaración de los derechos cívicos y políticos de la mujer argentina, sin restricciones, a todo viento, sugiriendo al resto de los países de habla castellana en América, la necesidad y generosidad de imitarnos. Esta transformadora legislación es la más destacada en que Eva de Perón jugó su clarividencia. Los derechos de la ancianidad, los de la niñez, etc., son indudablemente auspiciosos y altruistas, resultancia de un cometido patriótico de opima inspiración, pero los de la mujer revolucionan la vida ciudadana influyendo directamente y con señorío en la estructura política de la Nación. ¡Cuán poderoso hubiera sido su cometido de haber impulsado el divorcio absoluto en la ley argentina!

Con semejante pensamiento realizado que allega a la Ley el vientre, el cerebro y el corazón femeninos, se tumban en esta parte de América todos los arcaísmos, todas las

necedades ambientales, todas las cadenas que maniataban un derecho que la naturaleza nunca negó a la mujer. Y Eva de Perón, al sustanciar ese sincronismo histórico, se constituye en matrona espiritual de la mujer argentina.

Es innegable que así el feminismo recibe un espaldarazo excelso, grávido de valimiento para el vivir y de originalidad, haciendo prevalecer por un lado esa faz social que Gobineau llama civilización femenina, pero para Eva sin mengua del sexo, en conservación de su gracia, divina función de la mujer. Nada de marimachos, de tontas obsesionadas por copar la banca, por manejar el instrumental que es facultad exclusiva y poderío del hombre; nada de mujeres que intentan arrancarse el vientre y desolar la tierra por ausencia de hijos y superabundancia de pedantería. Si tal osadía se encarnara no valdría la pena ni siquiera hablar, el mutismo se avendría mejor a esa desgraciada pasividad del hombre en la sociedad humana. Pero ni se crea que el hombre es imbécil, ni se piense que pueda renunciar a su biología, y, en consecuencia, el feminismo de Eva de Perón, que ella misma acrecienta con su belleza, su gentileza ponderable y su bondad, es prenda histórica resaltante del proceso cultural americano.

Forzoso para todo argentino es observar la línea que mantiene en su itinerario de personalidad pública Eva de Perón: la unidad de su conducta aparece nítida, uniforme, sin nebulosas, sin ambigüedades, sin duplicidad. Esta observación campea como fundamental, pues hácese menester considerar con tino y sin precipitaciones la aspiración de algunas agrupaciones que persiguen la beatificación de Eva de Perón, procedimiento eminentemente religioso. La beatificación es para los rituales de la iglesia el camino de la santificación. Y yo entiendo que Eva de Perón no habrá pretendido nunca tan perentorio desplazamiento de su personalidad, porque ella es una ciudadanía, es una expresión exclusivamente cívica, es una entidad laica, es un agente dinámico, real y de superación en presencia de la vida aquí en la tierra, sin preocupaciones del más allá, para resolver

en este mundo el problema de la justicia social y establecer la ecuanimidad y la alegría del vivir. Luchó denodadamente en pos de todas las satisfacciones, de todas las holguras, de la completa felicidad material y para el alma del pueblo: alimento abundante, vivienda confortable, vestuario suficiente, horizontes abiertos, y para el dolor físico y moral, todo recurso factible de alivio, de auxilios y benevolencias.

En alguna ocasión manifiesta: "Desterramos la limosna para exaltar la solidaridad como obra de justicia. Seguimos alegremente en la lucha porque su premio es demasiado hermoso y grande para renunciar a él. Ese premio es la felicidad, el bienestar y el porvenir de nuestro pueblo".

Su liberalidad característica, que no dividió al pueblo en religiones ni en razas, ni pidió más condición que la coincidencia justicialista, no cuadra con la beatificación, sería en cierto aspecto, como sustraerla de las gentes, mujeres, niños, hombres y ancianos, que profesan otras religiones; sería como parcializar el homenaje del pueblo, que debe dejarse brotar espontáneo, candoroso y fiel, fraterno y grande, como fué ella misma. Donde hubo una necesidad que la solicitara o que le fuera conocida, allí presentóse Eva de Perón; donde haya un corazón agradecido, una voluntad aprobatoria, una consecuencia de ideales, ya sea que musite su oración o su pensamiento en hebreo o en árabe, en castellano o en inglés, en guaraní o en quichua, allí debe tener cabida su homenaje, sin distingos y sin empequeñecimientos.

Creo simplismo de algunos espíritus impetrar la beatificación de Eva de Perón, paréceme que no perciben que esa aspiración ofende casi la majestad de su personalidad. ¿Para qué beatificarla? ¿Para qué esa posición transfigurada y milagrosa, ajena totalmente a la dotación mental, a la psicología y a las deliberadas disposiciones propias para encarar la lucha y establecer soluciones a su empresa? Juzgo más útil exhortarse a sí mismo cada cual y anular por completo las renonancias coloniales que, entre mucho,

sin negar lo grande, acarrear resabios, supercherías y tradiciones que si bien poderosas, bien es cierto también que falsean el verdadero sentido de la vida. Al milagro hemos de hacerlo nosotros, como lo hizo ella, por el respeto virtual y la admiración que nos inspira, cumplimentándola, ejercitando sus ideales, sobreentendiéndose que han de ejercitarse con severidad y perseverancia, única forma de enaltecer fielmente su credo. Si nos alejáramos apenas unos instantes de ese criterio de acatamiento a su potestad, desvirtuaríamos las expresiones que van desde la angustia al grito del dolor. Para Eva de Perón, como concluyente reconocimiento a esa su potestad, lo justo, lo único es allearnos con esforzados méritos a su grandeza. Si se alcanzan esos anhelos de las agrupaciones que ya denuncié, se acapararían de Eva, hurtarían un derecho del pueblo de tenerla y considerarla como ser de carne y hueso, con todas sus palpitaciones, no para que haga milagros de ultratumba, ni para que nos garantice el paraíso por alguien prometido, sino para que nos acompañe aquí y, bajo su poderosa sugestión histórica, acoplemos nuestra conducta a las mejores resonancias del bien común, precisamente por la justicia social, la comprensión humana y en una palabra, la socialización de todos los agentes de la tierra: sol, lluvias, fertilidades, trabajo, riqueza y afanes para vivir en paz. Someterse a las convencionalidades de postrarse de rodillas ante su imagen es actitud muy distinta a saberse mantener de pie con temple gauchesco, en consonancia con el estoicismo de su estirpe, así, enteramente, por los fueros y el destino de la patria, que no tendrá ocaso mientras resplandezca el sol del Justicialismo y en la ciudad y en el campo se entone el himno de su gloria. Eva de Perón, conductora de su pueblo, timoneando las más fructíferas y munificentes realizaciones; ella con su infatigable vocación, ella con su gravedad política, ella con su sonrisa y sus brazos abiertos, así tengámosla y admirémosla íntimamente, sin aceptar interpósitos agentes que pretendan suplir

su presencia magnífica siempre y para siempre parte integrante de la argentinidad.

En su libro, testamento histórico, Eva de Perón estampa con nitidez su fusión espiritual con Perón, su exaltación se torna a veces pasional, su amor cobra alientos de inmortalidad, pero, seamos verídicos, todo ello no absorbe ni apaga su combativa vehemencia, austera y sin igual vehemencia contra todas las injusticias. Testamento de esa laya no se leyó jamás: en él no se habla de cosas materiales, de oro ni de plata; joya documental para el historial justicialista, esbozo de una vigorizada conciencia nacional con desbordes humanitarios, constituye de por sí una declaración de principios; amor, amor, es la tónica de su contenido, amor a la justicia, amor a su patria, amor a su pueblo y amor, intenso amor, a su gran compañero, el hombre de la Revolución de la nueva Argentina. Y si este libro ha de ir a las escuelas, en buena hora, que el niño se impregne de su contenido así como lo hicieron muchas generaciones anteriores delante de Sarmiento, Alberdi, Mitre, Avellaneda y otros. Ya vendrán los años y el niño hecho hombre, sabrá su cometido, entonces la imagen de Eva de Perón se coronará en el templo de los próceres.

La ciencia no ha podido explicar la aparición sobre la tierra de seres privilegiados, en cuanto a causas, factores e agentes que proporcionan solvencia de superación y excelencia. No lo podría yo, por más que estudiara el origen étnico, racial, ambiental de Eva de Perón, ni la enseñanza, la educación o los métodos que ella recibiera dentro y fuera del hogar. Lo innegable es que Eva de Perón muestra perfiles y probado temple de mujer extraordinariamente evolucionada. Cuando se encuentra a sí misma, mediante la consagración de Perón, entonces, sobre un escenario ya desbrozado por él, llega, como cuajado fruto, a la eclosión de su prominencia que los hados le reservaran y su misión culmina descubriendo horizontes jamás imaginados a la justicia y el bienestar del pueblo. Y en ese escenario tuvo que improvisarse en la acción, en la lid, diré mejor, igno-

tada, mas no en el concepto interior por cuanto lo tenía y lo sentía. Esa improvisación, que comprometió su sistema nervioso, tenso de por sí, arrancóle frecuentemente expresiones mordaces propias de las conmociones del ánimo en la contienda política, cuando se actúa con exclusividad dominadora por un ideal que constituye meta de prefijadas reivindicaciones, mas su mordacidad no resiste el análisis para el establecimiento de una crítica de justicia, ya que los merecimientos de Eva de Perón superan en grado eximio y rotundo. Sobre la ruta de la lucha alcanzó vibraciones inusitadas, vuelo encumbrado que prodigó beneficios a todas las poblaciones del país. La oligarquía tembló ante su presencia, sintióse el sismo de la oposición y a poco se astilló su resistencia, pero corrió la maledicencia, la calumnia, la envidia, y hasta el odio floreció en los labios palidécidos del adversario; ella permaneció inmutable.

Creó su método y fué de calidad, consistió en concretar la razón del mal y señalar causas sustentacionales, corajudamente, con sonoridades que escucháronse hasta en los confines territoriales a modo de clarinadas de guerra contra el enemigo común. Asumió una de las jefaturas más graves que organizó el Justicialismo y de tal modo desenvolvióse que se jugó con ella hasta la propia existencia. Es que al trazarse el método configuró también el procedimiento de no ceder ni ante el martirio a precio de triunfar. Y bien sabemos que todo es histórico. Su estrategia fué limpia, hizo conocer sus ideales al pueblo y lo persuadió del sentido de la responsabilidad para responder y acompañarla en tan inesperada, recia y audaz jornada. Así combina con los de arriba, con los que gobiernan, su plan de operaciones que le permite movilizar las voluntades y provocar una adhesión colectiva; se apodera de todos los reducidos, ocupa todas las tribunas, desde las engreídas o alcurniosas de las ciudades hasta la soledosa del más retraído villorio norteño, y despliega tal donaire y fervor que sus pasos se miden por batallas triunfales.

Con el devenir su actualidad servirá de punto de comparación para determinar un momento del proceso femenino a través de los siglos hasta este año de 1952, en que ella se ausenta de la tierra. Con su postura y su genio, Eva de Perón señala una exponencia normativa de cómo pueden complementarse hombre y mujer durante su existencia y en la lucha ascensional emprendida para alcanzar plenitud de garantía y complacencias vitales. Esa su genialidad y su postura tendrá resonancia en la filosofía positiva, por la mejor interpretación funcional de los sexos y se podrá considerar a Eva de Perón, por ese concepto enunciado, la creadora de una nueva posición para nuestro país, que refrescará, como en superación, el viejo decir del poeta sobre nuestra capital: "La Atenas del Plata", y más aún, en el mundo civilizado, señalando la altura de su pensar y hacer, se oírán esta frase: la señorial Argentina.

Esta niña modesta, desconocida, que pasó desapercibida, llevaba consigo una inquietud primordial, una visión vital sobre el acontecer de su ambiente, un móvil de superación casi frenético. Así anduvo sus días sin que Buenos Aires advirtiera su caudal interior y la preocupación esencial de su destino. Cuando alcanza el objetivo de esa intención que quema su espíritu, de inmediato se posesiona de sí misma, comienza a atacar, y se lanza a fondo, sin más medida que la posibilidad de destruir el mal para que se expanda la justicia. No tengo la menor duda de que ella sugiere a Perón nuevos aspectos para su programa revolucionario, menos dudas puedo tener de la capacidad de este hombre superior para barajar la preciosa ofrenda ocasional. Un prestigioso escritor ha dicho que la sensibilidad de la mujer es antena exquisita para la explotación y selección de valores. En este caso la revelación de Eva de Perón, por su excepcional sensibilidad, ratifica cumplidamente ese criterio, pues que es la alentadora, mancomunada con Perón, para utilizar los valores más adecuados al éxito de su campaña y a su proyección en el porvenir. Acude a mi recuerdo envuelto en la historia, el nombre de Olimpia, madre

de Alejandro, quien sugiere a su hijo la histórica campaña de su colosal empresa, y le dice, como con ostentosa seguridad: "Yo te seguiré a Babilonia, yo seré emperatriz cuando tú hayas triunfado". De esa estirpe ha sido Eva de Perón. Está en la conciencia de todos los argentinos y de los extranjeros allegados a nuestro hogar, está en la conciencia de sus partidarios y en la de la oposición, esa explícita calidad meteórica; y como es propio de hombres cabales el no ocultar ni desmentir los latidos que conmueven el pecho, o el asentimiento que resiste incólume el más severo juicio, la historia ha sentado sus reales entre nosotros preñada de gloria y con brochazos de inmortalidad. El Parlamento de la Nación, los gobiernos de provincias y territorios, las Universidades, las Escuelas, las Iglesias, las colectividades extranjeras con sus banderas desplegadas y el pueblo, todo se ha conmovido, unos se irguieron con ardimiento para glorificarla, otros cayeron postrados, anadados de angustia.

Ante el derrumbe de su vida material, no queda en los jardines argentinos ninguna flor sin entregar su corola y su perfume ante su imagen bien llorada, tampoco queda en nuestro continente voz alguna que no exprese congoja por esa estrella que desaparece, no del firmamento de América. sino del escenario mismo donde se acometen en la lucha todas las ambiciones, amores y odios de que es capaz el hombre. Es que, más que sus obras, mucho más que la materialización de sus empeños, que se alzan con impotencia, vale su grandeza de ánimo, la riqueza inagotable de su entusiasmo justiciero, su fervor patriótico y el fuego de las inmortales sugerencias que brotan de su pecho y resuenan en su voz como sagradas rebeldías. El marco de la nacionalidad es reducido para contener su potencialidad, pues traspasa los límites de la patria y se difunde como radiante luz por los ámbitos del mundo civilizado. Ardua empresa para la posteridad será valorar ese caudal de virtudes atesoradas por su personalidad, pero afirmaré como síntesis de mi pensamiento que ella, toda su vida y su recuer-

do, es paradigma para la ciudadanía nuestra, hito de perennidad en el proceso de la historia del Nuevo Mundo. Sin hipérbolos el itinerario de Eva de Perón es proyección para siglos, de arranque habrá que establecerlo en el vértice de una moderna evolución social que se aprovechará inteligentemente para la humanidad en diligencia de caminos y andanzas más acomodadas a las tareas del Justicialismo.

Auténtica floración del medio ambiente y de la época, Eva de Perón llega en el preciso instante en que rebalsa sordamente la protesta de los que padecen sed de justicia. Será inútil reunir y clasificar supuestos errores suyos, con el fin de anular su grandeza, jugosa y trascendental misión con todo el sabor y la fuerza del pago; ella la cumple punto por punto, vertiginosa y cabalmente, como si presintiera su tránsito fugaz. Los predicadores de la evolución social, los que se dicen encargados de ese trance de penetración, se retardan, pero saben que ella se adelanta y realiza la empresa magistralmente, y en lugar del pleito homenaje que le deben, la combaten con odio. Son los sofistas modernos que no cuajarán, los castrados de sentimientos que jamás accionan por amor sino por ambiciones subalternas.

Su desaparición apareja un interrogante, pero nada resta de la tremenda obligación histórica que nos incumbe en presencia de este acontecimiento que ha entristecido el corazón argentino.

Tendría que explicarlo, pero me transfiero al tiempo: la obra de ella ha quedado inconclusa; como exasperadas solicitudes populares claman aún desde el fondo de la Nación, injusticias, atropellos y dolores que esperan la mano redentora.

Eva de Perón, "la grande, ha muerto. El campesino que la quiso llorar, dijo al obrero:

—No hay que llorar la muerte de un viajero; hay que llorar la muerte de un camino".

Menos respuestas, basta de lágrimas, desprecio a todas las indecisiones, a las simulaciones y al ocio, y a cumplir, argentinos, la consigna:

Que se temple la hermandad gaucha, que todos los corazones cobijados bajo nuestro cielo reaviven en nutrida y sabia comprensión el arte de andar, si por caminos opuestos, nunca para contrariar los de la patria, unificados con esa aureola de fraternidad que se canta en el himno, se ostenta en el escudo y flamea gloriosamente en la bandera.

Cómo se puede morir con gloria en holocausto de la patria, Eva de Perón lo ha demostrado, por su abnegación, por su acción, por su sacrificio, por sus renunciamentos y por sus éxitos. Y sea el final de este discurso, que bien pudiera tenerse por panegírico, la verdad del juicio mío: Eva de Perón ya es mármol, Eva de Perón ya es bronce, Eva de Perón ya es eternidad, todo porque es historia vivida de la patria.

Tucumán, Setiembre 12 de 1952.



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Bibli
Congreso

ARGEI



oteca del
Congreso

TINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA

IMPRESA DE LA U. N. 1-



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso



Bibli



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



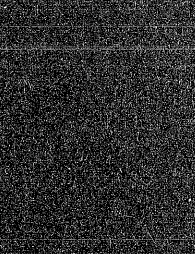
Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del
Congreso

ARGENTINA



Biblioteca del